

## EDITORIAL

### Cien años del nacimiento de Karol Wojtyla - San Juan Pablo II

Con el presente volumen queremos conmemorar la persona y la vida de Karol Wojtyla, a quien reconocemos habitualmente por haberse convertido en el sucesor número 264 de san Pedro. San Juan Pablo II cumple un centenario de su venida al mundo, lo cual nos parece que constituye un claro signo de los tiempos en este 2020 pues su testimonio está cargado de una fe en el amor que, a pesar de las dificultades, mantiene nuestra esperanza en la eternidad.

La esperanza en el amor guio a Wojtyla por muchas dificultades durante su vida y aunque no evitó sus sufrimientos, los llenó de un sentido trascendente que se veía reflejado en su humildad, alegría y continua confianza en el Evangelio. Por ello, habría que reconocer que su importancia dentro de la historia de la humanidad comienza con su santidad y se corona con un extraordinario legado intelectual.

Muchísimas reflexiones se desprenden del trabajo del autor polaco. En este volumen, la mayoría de los autores que conocieron personalmente a Wojtyla expresan de modo magistral algunas de ellas. De esa forma, sin substraer protagonismo a los artículos, nos parece importante esbozar dos claves centrales que dan sentido a la importancia de Wojtyla para la Iglesia, la humanidad y para el trabajo de esta revista. Queremos extraer estas dos claves de su primera encíclica *Redemptor hominis* que sirve como punto *axial* que une el antes y después de su recorrido personal e intelectual y son: la centralidad de la persona humana y la importancia del amor como respuesta apropiada a su realidad en el mundo.

Durante su vida, san Juan Pablo II fue un acérrimo defensor de la persona humana. Su vida y obra intelectual se desarrolló en una continua lucha contra ideologías y sistemas políticos que ofuscaron

y continúan atentando contra la dignidad humana. En su juventud se opuso a la ocupación nazi en Polonia y, después de la guerra, al ateísmo y opresión del régimen comunista. Esta lucha permanente parece permitirnos entender con mayor profundidad su continua insistencia sobre la importancia de recordar al mundo que el hombre fue creado a «imagen y semejanza de Dios» y que, en ello, radica su inconmensurable valor. De hecho, así lo expresa en su programática primera carta encíclica dedicada precisamente a Cristo como redentor del hombre. Allí expresa la confianza en la verdad y en la bondad creada del hombre:

«¡Redentor del mundo! En Él se ha revelado de un modo nuevo y más admirable la verdad fundamental sobre la creación que testimonia el Libro del Génesis cuando repite varias veces: “Y vio Dios ser bueno”. El bien tiene su fuente en la Sabiduría y en el Amor. En Jesucristo, el mundo visible, creado por Dios para el hombre —el mundo que, entrando el pecado está sujeto a la vanidad— adquiere nuevamente el vínculo original con la misma fuente divina de la Sabiduría y del Amor. En efecto, “amó Dios tanto al mundo, que le dio su unigénito Hijo”. Así como en el hombre-Adán este vínculo quedó roto, así en el hombre-Cristo ha quedado unido de nuevo. [...] El inmenso progreso, jamás conocido, que se ha verificado particularmente durante este nuestro siglo, en el campo de dominación del mundo por parte del hombre, ¿no revela quizá él mismo, y por lo demás en un grado jamás antes alcanzado, esa multiforme sumisión “a la vanidad”? Baste recordar aquí algunos fenómenos como la amenaza de contaminación del ambiente natural en los lugares de rápida industrialización, o también los conflictos armados que explotan y se repiten continuamente, o las perspectivas de autodestrucción a través del uso de las armas atómicas: al hidrógeno, al neutrón y similares, la falta de respeto a la vida de los no-nacidos. El mundo de la nueva época, el mundo de los vuelos cósmicos, el mundo de las conquistas científicas y técnicas, jamás logradas anteriormente, ¿no es al mismo tiempo que “gime y sufre” y “está esperando la manifestación de los hijos de Dios”?»<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Juan Pablo II, *Redemptor hominis*, 8.

Cabe resaltar que el Papa no solo recuerda la bondad redimida del hombre sino que especifica algunas amenazas a las que se ve expuesto el hombre contemporáneo. Además, habría que ver detrás de esa «espera de la manifestación de los hijos de Dios» un deseo que aquellos que creen en el amor redoblen sus esfuerzos por manifestar al mundo la verdad que Cristo revela a la humanidad.

Para Wojtyla, la centralidad de la persona instauro no solo un deber de justicia sino la expresión del amor como adecuada a su realidad. Esta segunda clave de la importancia de la persona y acción de Karol Wojtyla - Juan Pablo II permite comprender su crítica continua al utilitarismo práctico de nuestro tiempo<sup>2</sup>, al progreso desproporcionado de la técnica y al nihilismo que parece instalarse cada vez más en la cultura contemporánea. Por ello, se expresaba con las famosas palabras que han quedado en la conciencia popular como una fórmula para expresar la llamada humana al amor y la razón del desconcierto de aquellos que no lo encuentran:

«El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente. Por esto precisamente, Cristo Redentor, como se ha dicho anteriormente, revela plenamente el hombre al mismo hombre»<sup>3</sup>.

El hombre proviene del amor, vive por el amor y está hecho para el amor. Esta realidad convierte a aquellos que se han encontrado con Cristo en responsables de la verdad, «de un tesoro», depositado en ellos como «en frágiles vasijas de barro» (2 Cor 4, 7) y que, por tanto, antes de propietarios los convierte en diáconos de la verdad.

La búsqueda de la verdad y el continuo encuentro con ella es, de esa forma para Wojtyla, el motor de aquellos que luchan por hacer reverberar el brillo del amor en el mundo. De este modo decía san Juan Pablo II, «la misma dignidad de la persona humana se hace contenido de aquel anuncio, incluso sin palabras, a través del comportamiento respecto de ella»<sup>4</sup>. En consecuencia, ambas claves se unen estableciendo un vínculo en la misión misma de la Iglesia y en su continua búsqueda.

<sup>2</sup> Véase Karol Wojtyla, *Amor y responsabilidad*, Palabra, Madrid 2009, pp. 44ss.

<sup>3</sup> Juan Pablo II, *Redemptor hominis*, 10.

<sup>4</sup> Allí mismo, 12.

queda de la verdad para realizar su tarea de disponer a los hombres para entrar en la comunión con Dios-Amor.

En coherencia con este impulso de san Juan Pablo II, entonces, hemos querido presentar en este volumen monográfico una serie de trabajos dedicados a estudiar su importante legado intelectual. En primer lugar, presentamos la traducción de una carta de Karol Wojtyła al —en ese momento— nuevo cardenal Henri De Lubac sobre la centralidad de la reflexión de la persona. Además, en nuestra sección “Perspectiva” hemos recogido algunos textos como *Sto lat* de don Massimo Serretti, el cual conmemora la vida de san Juan Pablo II mostrando cómo en su persona se manifiestan los sentidos fundamentales del tiempo; “El personalismo transfenomenológico” del padre jesuita Jakub Gorczyca, en donde se muestra el “más allá” del método fenomenológico de Wojtyła; “La libertad y el amor, los dos pilares de la antropología teológica de Karol Wojtyła - Juan Pablo II” de Jarosław Kupczak, que analiza estas dos realidades como elementos que dan continuidad al pensamiento filosófico y teológico del polaco; “Pudor e integración en la ética de Karol Wojtyła”, en donde Martín Ugarteche analiza la metafísica del pudor que propone Wojtyła en *Amor y Responsabilidad* y, por último, “Es un santo. El pensamiento de Jaime Guzmán sobre san Juan Pablo II” de Benjamín Cofré, el cual analiza la visita del Papa a Chile a partir del registro histórico del importante pensador y político católico Jaime Guzmán.

El volumen cuenta además con dos artículos en la sección “Horizontes” y una reseña. El primero de ellos, dedicado a la crítica de la visión rahneriana de la fe, de Fabrizio Renzi y la traducción del artículo de Tracey Rowland sobre la idea de Newman de la Universidad Católica. Cierra la revista la reseña de Guillermo Toro sobre el libro *A las fuentes de la renovación*, escrito por el cardenal Wojtyła como fruto de su deseo por aplicar el Concilio Vaticano II en la diócesis de Cracovia.

Esperamos que todos estos textos, trabajados seguramente con el aliento de san Juan Pablo II en este tiempo de dificultad para la humanidad, sean un aliento para seguir adelante en la misión de la que continuamente hizo eco en su vida: anunciar el Amor que revela al hombre el misterio de su realidad y que le permite enfrentar los dolores, sufrimientos e injusticias de este mundo con la esperanza puesta en Cristo, su Reconciliador.

